

Título: EL COLOR ROJO

¿Qué papel juega la narración en nuestras vidas?

Por: Yenny Salomón Robayo.

Programa de Comunicación Social y Periodismo

21 de enero de 2018

Cierro los ojos y me imagino en un lugar diferente al que estoy, siento a la señora vestida de blanco pasearse por mi habitación, me llama, pero yo sigo con los ojos cerrados. Al ver que no respondo, sale de mi cuarto dejando un silencio imperturbable. Me levanto de la cama, camino hacia la mesa que está junto a la puerta y saco de allí la libreta de apuntes que tengo hace más de cinco años. Cojo el pequeño lápiz que se encuentra escondido debajo del colchón y me acomodo en el piso a escribir; hay inspiración, hoy vi el color rojo.

Son las 12 PM, la señora de gris viene en media hora. Escondo el cuaderno, guardo el lápiz, me subo a la cama y espero ansiosa su llegada.

Son las 12:33 PM y no ha golpeado la puerta, ¿se habrá ido? ¿no querrá verme?, pasan dos minutos ¡Es ella! Me pregunta cómo estoy; yo le digo que si quiere escuchar la historia que le he escrito; pero no me responde ¿hoy estás de mal humor?, no me contesta... Había creado un cuento en donde era una especie de mujer maravilla. Te trato de contar como va mi escritura, no me pones atención y desisto ... Será para otro día.

22 de enero de 2018

Hoy completo dos semanas aquí, una rutina para todos los días. Son las nueve de la mañana y está por llegar el hombre con barba azul; no es que sea de ese color, pero en mi mente, me imagino al tipo de la historia así. Él es atento, lee mis historias; se ríe y llora con ellas. Me gusta su olor y sus ojos; siempre que termina de leerme (en todo el sentido de la palabra)

siento que quiere entenderme por medio de lo que escribo en mi cuaderno; nunca lo logra, solo me conformo con que le gusten mis textos.

Después del almuerzo sigo escribiendo, pero ahora se me ocurrió escribir un poema, dice algo así

Dos rosas rojas, dos ojos negros

El calor de verano y el frío invierno

Recuerdos pasajeros, pensamientos duraderos

Tus ojos se cierran, los míos...

Desisto, es horrible. Pasó la hoja, y escribo lo que mi mente se imagina. Suena la campana, es hora de volver a la habitación.

Cuando son las 5 PM escucho a esas personas de blanco hablar de mi

- Creo que está mejorando.

-Para mí no ¿ya has visto la libreta que esconde? sabrá Dios que tendrá ahí.

- Es solo una simple libreta ¿has visto las historias que escribe? Pienso que tiene potencial.

- ¿Potencial?, ¿Cómo es que te graduaste de la universidad sin aprender a leer?

-No seas cruel, vamos a revisarla más bien

Abren la puerta y me encuentro en la cama, observo fijamente a barba azul; todo está bien con él. Su compañero que mide un metro ochenta, que es delgado, calvo y con ojeras que mira atentamente. Yo lo he visto antes; sala 209, pabellón ADF-347.

Cuando se acerca a mí le pido que lea mi cuento; no le gustó, lo vi en sus ojos. Son las 11:30 PM, tengo una hora todavía para volver a escribir la historia, le daré otro final; ese sí le gustará, se lo preguntaré en persona. Camino en dirección al pabellón en donde se encuentra, está ahí, llevo en la mano el lápiz por si quiere cambiarle algo a la narración, corro hacia él en cuanto lo veo.

11:54 PM

Rojo, mi color preferido. Le pregunto si le gustó mi nueva historia, pero no me contesta. Comienzo a pensar que es un poco maleducado y narcisista; aunque debo admitir que me sorprende que me reciba con las cosas que más me gustan. Se siente cálido, como el sol de verano, fuerte como la brisa de otoño, frío como la nieve de invierno....

Gracias a la inspiración que me ha dado me surgen los párrafos finales para mi narración y de paso de mi poema.

23 de enero

Ayer la mujer de blanco si leyó mi historia ¡le gustó! Me hizo algunas preguntas sobre cómo la había creado, pero no quise decirle que el señor de la sala 209 me ayudó, me daba pena admitir haber escrito algo tan asqueroso. Me acarició la cabeza y luego de unos minutos se fue. Me acuesto feliz de terminar otra narración extraordinaria ¿seré como Edgar Allan Poe? O tal vez ¿Jane Austen? No, no, alguien más cercano... ¿Cortázar? ¿Laura Esquivel?, me arropo con las sabanas y sonrió, todo es gracias al color rojo.

30 de enero

Todo se ha complicado, no he tenido inspiración desde que termine mi antiguo poema. Ni Cortázar ni Verne han querido hablarme por casi cinco días. Mi enfermera favorita sigue diciendo que voy mejorando, y que pronto podré salir, sin embargo; no me animo por eso. Solo pienso en mi libreta, y en llenarla lo más rápido.

Me doy cuenta que el día esta gris, lo siento gris, lo que me da paso a pensar ¿qué es lo que soy?, y lo que se me viene a la mente es tiempo, sí, eso es lo que soy. Tiempo en el que he estado, en el que vivo y el que me falta.

Trato de seguir escribiendo en mi libreta. Nada fluye. Mientras, miro por la ventana y mi mente se imagina lo que pudo haber sido no fuera por la agonía de saber, a diferencia de los demás; lo fugaz de la vida, lo efímero del amor y lo miserable que es existir y no vivir.

El doctor barba azul golpea mi puerta y entra con unos enfermeros detrás de él.

-Tienes visita, alístate

-Son ellos ¿cierto?

-Sí, vienen con tu hermano

Me levanto, y me dirijo al baño. En el gabinete en donde están mis cosas de aseo saco la libreta y la guardo en el interior de mi bata. Cuando salgo, los enfermeros me esperan igual que un policía espera a un criminal, y yo, camino como si este fuera mi juicio. Llego al salón principal ubicado en la primera planta. Papá y mamá se encuentran sentados junto con Joseph; él quiere irse, sus ojos se mueven inquietos, no tiene ganas de verme. Al llegar mis padres se levantan y me abrazan, mi hermano, se queda sentado mirando al suelo. Puedo distinguir sus cicatrices; aún recuerdo el cuento tan magnifico que escribí gracias a él; aunque por eso me hayan enviado aquí, debo admitir que fue lo mejor que me ha pasado.

Mi madre me pregunta cómo estoy y mi padre me acaricia la espalda lentamente, yo les pregunto

- ¿Quieren leer mi cuento? Lo escribí hace como dos semanas

- No hija, queremos hablar contigo, hace más de un mes que no te vemos- Dice mi mamá

- No tengo nada que decir- Odio que no me lean, me indispongo de inmediato y ellos lo notan

- ¿Cómo te has sentido? - Pregunta mi padre

- El señor de allí arriba me está llamando, dice que si no me voy con él, ustedes no saldrán de aquí, y que quedaran igual que yo- Miento para así poderme ir, no los soporto.

Ellos se quedan mirándome, yo me pongo de pie y me dirijo de nuevo a mi habitación. Cuando subo; la inspiración va llegando, el próximo cuento será el mejor, lo sé.

2 de febrero

El cuento empieza con una familia, un hombre que se enamora de una mujer. Después de dos años de casados tienen una hija a la cual deciden llamarla Ada; una pequeña de ojos y piel clara. Al crecer, sus padres se dieron cuenta de que su hija no convivía con los

demás niños; por el contrario, cuando ingresó a la escuela; pasaba horas mirando los libros, miraba a sus compañeros, a sus maestros, a sus padres; solo hablaba lo necesario. Cuando Ada tenía ocho años, sus padres, de regalo; le trajeron un niño. Ella no entendía las razones por la cuales ellos estaban felices con el regalo tan raro que le habían hecho, sin embargo; la alegraba ver que el pequeño se llevaba toda la atención.

Al pasar los años, Ada no soportaba que la gente hablara tanto, comenzaba una conversación, solo si veía algún interés “literario”. Su madre la llevó con muchos doctores por su falta de “comunicación”, fue categorizada con autismo, esquizofrenia, bipolaridad; todos los médicos decían lo mismo al final de la consulta “es cosa de la edad, espere a que madure”.

A los quince años, Ada no había tenido amigos; lo único que le hacía compañía eran sus libros y su pasión por llegar a ser como esos grandes escritores, Kafka, Borges, o Dickens. Un día de vacaciones, de camino a la biblioteca; ella fue arrollada por una bicicleta. Solo recuerda el olor de la sangre en su camisa y lo brillante que se veía en sus manos y rodillas. Era el comienzo del fin.

Uno de los días más importantes para Ada comenzó con la fiesta de su hermano. Sus padres le habían hecho una fiesta sorpresa, el niño como es de costumbre; cortó el pastel. Como era juguetón, empezó a jugar con el utensilio, su madre y su padre estaban despistados mirando las fotos en su celular; mientras tanto, Ada miraba fijamente al pequeño y en un impulso, se abalanzó contra él. Ahora, volvía a contemplar el color rojo.

3 de febrero

Al anoecer de ese día, no escribí más. Una extraña sensación recorría todo mi cuerpo. Como una luz engeguecedora; me di cuenta que los suspiros que daba cada vez que escribía contaban ya las últimas palabras de mi cuento. A media noche, decidí pasear por los pasillos; observaba los retratos que estaban colgados en las paredes blancas, odio ese color. Mientras las horas pasaban, yo iba caminado sin sentido por los largos corredores, esperando a que surgiera en mi mente ese atisbo de imaginación. Nada llegó a mí.

8 de febrero

Hoy era el día de revisión con barba azul. No venía con la misma actitud de siempre, solo se limitó a verme; miraba mis manos, pies y ojos y gracias al sentimiento que me causó su visita; al atardecer, decidí volver a terminar mi cuento.

Ada estaba confundida; los rastros de color rojo aún quedaban en su mente, solo podía recordar aquellos fragmentos de segundos en que se dio cuenta de su gran habilidad y de su pasión. Comenzó a escribir inspirándose en su matiz preferido, visitaba todo lo que poseía este tono; le encantaba verlo en sus manos y sentir cómo la imaginación volaba; escribía cada sentimiento o palabra y las convertía en poesía, en relatos, en narraciones. Nunca fue comprendida, por el contrario; fue rechazada y obligada a actuar y a esconderse dentro de un papel aceptable para la sociedad.

El día en que Ada dejó de escribir, fue cuando no pudo vislumbrar el color rojo en su mente. Se había despertado una mañana sin recordar ese sentimiento, esa sensación ¿a dónde se habría ido? Desesperada, acudió a su cuerpo; estaba terminando su mejor poesía en mucho tiempo, y no podía ni quería dejarlo así, sin embargo; no le permitieron terminarla.

La niña fue enjaulada; encerrada por sus padres ¿qué era lo que había hecho? Solo ver el color rojo ¿podían culparla por eso? Al parecer sí. Le ataron las manos, la mente y el corazón; no podía pensar con claridad. Estaba segura que esto era una conflagración para quitarle todos sus cuentos y poemas; ellos eran su vida entera, contenían cada palabra que no expresó a sus parientes, a su hermano, al tiempo, al destino. Mientras la hacían recuperarse físicamente, se iba pudriendo mentalmente.

10 de febrero

Faltaba poco para terminar mi cuento, creo que ha sido el mejor hasta ahora. Siempre quise escribir así. La tarde pasó lenta y tortuosamente; hoy nadie podía salir, eso me dijo barba azul. Por alguna extraña razón, él y yo empezamos a sentir que la tensión de a poco iba disminuyendo; hoy se atrevió a preguntarme sobre la libreta que llevo junto a mí, le dije que

ella contenía toda mi historia, lo que pensaba del mundo y de cómo quería creer que era mi vida, el solo me miro y se retiró sin decir nada más.

12 de febrero

Aun pienso en cómo podría terminar el cuento de Ada. Ella me habla cada día, me dice algunas ideas con las que podría dar un final feliz a su ¿triste historia? Le prometí que pronto toda esa agonía terminaría, para mí y para ella. Le propuse que me diera al menos unas pocas señales para que la narración reflejara su más grande deseo. Ella me dijo qué hacer; cuándo hacerlo y cómo ejecutarlo sin que nadie sospechara nada. Todo ya estaba planeado.

14 de febrero

Desde las cinco de la tarde empezaba toda la ceremonia para terminar el cuento. Alistaba todo lo necesario: mi cuaderno, mi esfero, mi ropa favorita y, por supuesto, la esperanza de darle finalidad a su agonía. Comí unas galletas que me había traído mi madre la última vez que nos vimos; sospecho que ella ya sabía lo que iba a pasar; el final de la historia de Ada.

Mientras transcurre la tarde, cierro los ojos y me pregunto si lo que me pasa puede ser verdad; mi vida ha pasado entre líneas ¿qué he hecho con mi tiempo? Creo que todo se resume en este momento. Imágenes de cuando estaba pequeña llegan a mi mente; mamá y papá comprándome un helado, mi hermano peinándome horriblemente, yo leyendo o escribiendo... y es ahí cuando abro de nuevo mis ojos y me doy cuenta que estoy lista para escribir los últimos párrafos de la historia de Ada.

Ada seguía escribiendo, aunque sus manos estuvieran atadas; su mente volaba a lugares inimaginables junto con su mayor amor, el color rojo. Sin embargo; al pasar los meses, el atisbo de este se iba yendo de su memoria. Por más que lo buscaba, sus matices, la presencia, la esencia de lo que era; ya no estaba en sí. Como el girasol busca al sol, Ada se dejó guiar por su instinto.

Una noche la habían dejado sin ataduras; su buena conducta había sido premiada tal como un animal cuando hace algún truco. Desesperada por encontrar respuestas al olvido de su mayor pasión y, al no poderlo sentir de nuevo en su cuerpo; se decidió a buscarlo por su

propia cuenta. Preparo todo lo necesario para ir a por él; un lápiz, una libreta y mucha energía. Tenía todo planeado en su mente. Primero se miró al espejo, luego, cerró sus ojos; pausadamente, sus manos tomaron el lápiz y la posición adecuada en su garganta; todo su cuerpo se fue contrayendo por las sensaciones profundas. Volvió un segundo al pasado y otro más al presente, y solo a los pocos minutos, pudo volver a sentirlo en su alma, esta vez más intensamente; su calor iba llenando su piel, como una llama abrasadora, como el sol en verano, lentamente; se fue desvaneciendo en el caluroso lugar hasta llegar al punto en donde ella quería estar; ser uno con el color rojo.

15 de febrero

Ada se ha ido ¿qué es lo que he hecho mal? Día a día me pregunto cuál fue mi error. Solo leo las líneas de este cuento, de la triste narración que escribió ¿era su vida así? Mis ojos se llenan de lágrimas al comprender lo que pasaba mi hija. Esta libreta era lo que la hacía volver a tierra, es por esto que; hija mía, de ahora en adelante Joseph, tu padre y yo, escribiremos en las pocas páginas que quedan los recuerdos más hermosos de ti, mi querida Ada.